

Un sonido repetitivo llegaba a los oídos de Luis Montemayor, los parpados le pesaban, quería dormir un poco más. Dio un vistazo con los ojos entre abiertos para atinarle al despertador, pero para su sorpresa no podía ver nada, al abrirlos por completo noto que la luna seguía en pie y que ni siquiera los primeros rayos del sol se asomaban. Seguro era un error, una de esas casualidades de la vida, optó por tomarlo con calma, pulsar el botón correcto y cambiar la hora a la adecuada para ir a trabajar.

Dos horas después el pitido de buitre escuálido volvió a salir del aparato, haciendo que el hombre perdiera los estribos. Acto seguido tomó una botella de refresco, que había dejado a un costado y le dio un buen baño con el contenido, hasta que los sonidos de pájaro empezaron a sonar como de pez gato y con un último glu... el reloj se paró en seco.

Con el sueño arrebatado, aunado al hecho de que era lunes considero un éxito completar su vestuario para el trabajo, pero al servirse su cereal de cada día, apenas llevo su cuchara frente a la cara y fue como si el reloj gritara por tercera vez, un aroma pútrido le llegó hasta el cerebro, chupándole la cara como pasa arrugada. La leche estaba podrida, al parecer el refrigerador de nuevo se quedó apagado durante la noche, por la misma razón que el buitre no paraba de sonar, la luz iba y venía cuando le convenía.

–Típico día en medio de ningún lugar –pensó mientras bobamente servía otro plato de cereal, ya que aun seguía muy dormido.

Llegó a la extraña conclusión de que el agua sería buen sustituto, así que llenó el plato de ella al tope.

–No está mal es como agua con azúcar –se dijo mientras levantaba las cejas sorprendido.

Se puso una cachucha deshilachada y emprendió su camino de todos los días al trabajo, único lugar en que las cosas siempre iban como deberían, en el campo y sus lechugas. Nunca se cansaría de pasar despacio con la pick up por esos vastos campos. Es difícil pensar que algo tan simple pueda

ser tan hermoso para alguien, pero para Luis era como ver el horizonte al amanecer, hay cosas que simplemente no cansan. Todo su trabajo estaba en esas pequeñas plantas alineadas en hectáreas, aun sabiendo que jamás sería el dueño de aquella tierra, no había día en el que no se sintiera como su padre.

Pero aquel día no se sentía orgulloso de su trabajo, ya contaba una semana desde que el sistema de riego había dejado de funcionar, y como el patrón insistía en que no era necesario contratar soporte debido a que todo era automático, no había quien solucionara el embrollo.

Montemayor bajo de la camioneta roja para ver el progreso, pero al parecer las manos de todos no pudieron regar a tiempo varias de ellas, ya marchitas, no había mas que una hoja oxidada extendida en su palma. Cerro su puño sintiendo como se quebraba la inmensa hoja de lechuga entre sus dedos, el mismo sentimiento que le aturdió al oír el despertador y oler la leche podrida, había regresado.

–No creo que esto se resuelva con refrescos –pensó el con un poco de humor pesado.

Reusándose a trabajar en una causa perdida decidió dar vuelta en busca de la única persona que podía tener al menos una idea de lo que se podía hacer, perdería todo un día de paga por ello, pero eso no importaría si no había trabajo al que regresar. Tenía que pisar a fondo el pedal, por que ya casi daban las 12 y tocaba el timbre de salida, después ya no lo hallaría hasta dentro de una semana, además todos saben que nunca se debe hacer esperar a un maestro.

Tomo poco tiempo llegar a la escuela (mas bien al edificio que todos acordaron llamar escuela). Luis de hecho había estudiado en ella hace ya mucho tiempo, no le sorprendía verla, a cualquier otro le hubiera causado sentimiento ver un lugar tan deteriorado. Frente a el una pequeña casa/habitación con dos baños, un techo irreparable, sillas de plástico haciéndola de pupitres, paredes que lloraban lo ultimo que les quedaba de pintura, y algo mas que se podía ver desde la empolvada ventana, una pizarra, dos paquetes de gises y un borrador tan desmenuzado que daba aspecto de plumero.

–Una pizarra eso es todo lo que se necesita –recordó Montemayor.

Eran palabras que el profesor Oscar Oribe había dejado bien plasmadas en sus alumnos, a lo largo de 50 años de impartir clases para el pequeño pueblo de Tapespa. Antes venia todos los días a dar seis horas de clase, mas por amor a los niños que por la plata, que al final del día solo era suficiente para llevar una vida tranquila pero, desde hacía cuatro años, el medico le aconsejo ya no realizar viajes tan seguidos, por lo que ahora solo venia los lunes. Esta era la razón de la tremenda prisa que traía Luis por encontrarlo, ya que las cosechas no esperarían.

Notando que el salón estaba vacío pero las cosas del profesor seguían en el banco, decidió ir por la parte trasera al único lugar que quedaba aparte del salón, el patio. Afortunadamente este todavía daba buena cara al mal tiempo, dando a los niños la opción de ver un vaso medio lleno o medio vacío cuando quisieran.

–Chimuelos alborotados con sobredosis de chocolate –pensó el al ver los niños.

Entro por la diminuta puertecilla, pero al ver sobre las cabezas no hallaba al profesor en ningún rincón. Lo que si encontró en la esquina derecha del fondo fue al hijo de una amiga suya, un cabezón de 12 años, mas chaparro que lo normal, de nombre Diego Bálsamo. Era un muchacho distraído pero de mucho corazón igual que su madre.

El Profesor

Al acercarse estaba platicando con otros dos niños los cuales salieron disparados en cuanto vieron que Luis se acercaba.

–Oye, ahora por que salieron corriendo tus amigos –le comento a Diego mientras se saludaban chocando manos.

–¿Casi no usas espejos, verdad Montes? –contesto el jovencillo.

–Solo los del carro, ¿pero que tiene que ver con tus compañeros? –pregunto curioso Montemayor.

El niño apunto a la ventana del patio, y Luis casi pega un grito al verse a si mismo, habiendo recordado de manera brusca que llevaba dos días sin bañarse. No es que fuese poco higiénico pero el trabajo había estado tan pesado por la sequia, que lo ultimo que le cruzaba por la mente era la regadera. Así que solo se acomodo la cachucha, se rió un momento con el niño y le pregunto donde estaba el profesor. Este le indicó que había entrado de nuevo al salón, justo cuando Luis había entrado al patio. Ya iba a dar media vuelta para el salón, cuando se acordó que no había sabido mucho de Diego en los últimos días así que regreso y le dijo:

–Este año si terminas verdad Dieguito– recalcando en forma amistosa.

–Tengo problemas con los números, por el año que no estuve, ese que me puse a trabajar, así que el maestro me pone a hacer mas tarea –dijo el enseñándole toda su libreta –. Pero estoy segurísimo que si llego al final del año.

Luis lo felicito por su esfuerzo con una palmada en la espalda, pidiéndolo que no dejara de echarle ganas, y así lograra que lo becaran en alguna secundaria de las afueras. Acto seguido corrió al salón buscando al profesor y efectivamente lo encontró terminando de guardar sus cosas en un pequeño maletín de piel arrugada. Tenia la edad muy marcada en su cuerpo y su cabeza parecía copo de nieve, la barba abultada era un poco mas grisácea que el resto del poco pelo que le quedaba, dando como resultado un aspecto amable y seguro, como todo buen maestro.

Este sonrió al ver a Montes, dejándolo pasar en lo que terminaba de recoger el salón.

–Me alegra que tus visitas sean mas frecuentes, joven Montemayor, dime ahora, que pregunta curiosa a rondado por tu mente esta semana –dijo sonriente sabiendo que siempre venia a sacarse de dudas.

–Son tres cosas Oscar, no es como las otras veces ahora si son problemas, mi despertador se reinicia a placer, el refrigerador ya no corre, y el sistema de riego, bueno ahí si que ni idea de que tiene pero hace todo menos lo que debe –reclamo desesperado Montes.

–Así que no duermes, comes, o trabajas, y a que crees que se deba cada una de estas cosas –le decía.

–El reloj, lo eché a perder por completo cuando lo moje, pero supongo que tenia que ver con la batería, el refrigerador a de traer mal un fusible, y el sistema de riego nunca se a revisado a si que creo que simplemente esta obsoleto, por que saca muy poca agua –contesto desanimado Luis.

La luz del foco parpadeo tres veces antes de que se apagara por completo, importaba poco ya que era medio día, sin embargo el profesor no dejaba de mirarlo a el y luego al foco como si lo invitara a pensar lo que tenia en mente.

–Señor Montemayor, a su reloj no le fallaba la pila, su refrigerador no tiene fusibles echados a perder y el sistema de riego tarda mas de lo que lleva cumpliendo sus funciones para ceder –aclaro acariciándose la barba–. Lo que en verdad sucede aquí, joven pupilo es que, igual que en este salón, tu casa y el resto del pueblo la electricidad viene y va, lo que nos dice que hay un problema con el suministro de energía.

Luis se llevo la mano a la cabeza para quitarse su cachucha, deseaba aventarla al suelo para luego pisotearla con todo su peso. El no sabia nada de electricidad y no había nadie en el pueblo mas que el profesor para hacer el trabajo, pero a su edad no era factible.

El Profesor

–Usted me puede enseñar verdad, así como cuando me explico como arreglar mi puerta, o cambiar los fusibles de mi casa –comento desesperado.

–Siento decirte que no es lo mismo, esto requiere algo mas que una charla de una hora a la semana para que te pueda servir de algo. Para lograrlo vas a necesitar estudiar todos los días lo que aprenderías en meses, todo esto con la intención de ver que estés listo para que te enseñe hacer el trabajo manual, por que bien sabes que la FEG (Faceta Eléctrica Gubernamental) jamás vendrá por estos rumbos –explico rápidamente el profesor Oribe.

–Con todo respeto señor pero como espera usted que yo haga eso si no tengo dinero para los libros, ni una biblioteca en donde apoyarme, seria mas fácil convencer a mi jefe de que le hable a alguien de afuera, y eso ya es decir mucho –se quejo con los brazos cruzados Montes.

El profesor dio unas vueltas al salón tratando de encontrar una respuesta a tanto meollo, a la tercera el foco de la habitación volvió a encenderse, Oribe se paro en seco mientras dibujaba una enorme sonrisa en su rostro, exclamando:

–Se exactamente que debes de hacer, sígueme.

Sin nada mas que hacer por el resto del día Luis decidió acompañar a su profesor a donde sea que este desease. Montemayor ofreció a Oribe irse juntos en la camioneta, pero apenas logro dar media vuelta a la llave antes de que el cofre empezara escupir humo en cantidades impresionantes, dejando al ya cansado profesor con una horrible tos de perro.

Así que mejor optaron por partir en el pequeño auto del profesor, que a pesar de tener su kilometraje siempre había sido bien cuidado. A Luis le tranquilizó ver que su mentor era bueno al volante pero lo que en verdad le inquietaba era la distancia recorrida, una hora y media de camino fue lo que tardaron en llegar a la pequeña ciudad de Tulu, lugar de residencia del profesor Oribe y desafortunadamente también del jefe de Luis, quien por azares del destino estaba llenando su tanque de gasolina al mismo tiempo

que ellos. Para colmo tuvo que bajarse a ayudar al enclenque del lugar para abrir el pesado cofre, con el propósito de checar agua y aceite.

–Si no me doy prisa, terminare llenando los tanques con mi propio aceite –pensó Luis, con miedo a que su jefe lo atrapara fuera del trabajo.

Como si el mismo lo hubiera llamado con la mente, el vidrio polarizado del carrazo del año bajo lentamente, igual que los lentes americanos que llevaba puestos.

–Señor Montemayor imagino que vino a buscarme para algo de suma importancia y no que este fuera del plantío por razones ajenas ¿cierto?– dijo altaneramente.

–Por supuesto señor Vanderro, si mal no recuerdo, ya le había explicado la situación por la que estamos pasando, vine aquí con el Profesor Oscar Oribe para ver si juntos podemos hallar una solución rápida.

–Lo que debería de estar haciendo es regar a mano cada una de mis lechugas Oscar –reclamaba el jefe–. De ahora en adelante por cada lechuga café que vea en su zona le descontare una hora de sueldo ¿quedo claro?

Luis solo asintió con la cabeza mientras cerraba el cofre procurando no dar un portazo del coraje que tenia, al voltear de nuevo Vanderro ya se había esfumado entre el trafico de las tres.

El profesor estaciono el coche en un cibercafé de nombre Alt+urio, y de pronto Luis se puso muy nervioso ante la idea de usar una computadora, ya que la única vez que lo intento las cosas no salieron exactamente como deberian, aunque al menos aprendió que no es buena idea mojar aparatos de ese tipo, el pobre ordenador se había desplomado igualito al reloj. Pasaron a la fila de al final solicitando también una silla extra para Oribe y presionaron el intimidante botón de encendido.

–Yo te voy a enseñar a usar este aparato como herramienta, investigaras, escribirás y te comunicaras con ella –le decía a Luis con una emoción igual a la de un niño esperando un regalo.

El Profesor

Tomo el mouse con su mano derecha, moviendo torpemente el cursor de arriba abajo sin poder dar clic a donde se le indicaba, era como aprender a escribir, solo que sus ojos se coordinaban mas rápido con sus manos. Lo siguiente que el señor Oscar le enseñó, fue a teclear.

–Coloca los dedos de tu mano izquierda encima del teclado empezando con la letra A y tu derecha a partir de la Ñ, comenzando en ambas con el meñique –le instruía cansado pero con paciencia–.Muy bien ahora quiero que teclees lo que tu quieras en el procesador de palabras.

Cada aspecto de esta experiencia era nuevo para Luis, jamás pensó que llegase a necesitar una computadora, pero comprendía que la razón principal para que el profesor quisiera instruirle en ello era para usar el internet, con lo que resolvería el mismo cualquier duda que tuviese.

Tres horas pasaron dejando a ambos exhaustos, en el caso de Luis la muñeca le dolía, mientras que a Oribe los ojos le ardían. Pagaron entre los dos el servicio, y subieron al carro, a Luis le entro la duda de si le haría el favor de regresarlo hasta el pueblo o si tendría que ir a pie, aunque claro que no dejaría que alguien tan cansado manejara, también considero pedir quedarse con el un día pero sabia que no tendría vueltas hasta la siguiente semana para dar clases.

Tan pronto las inquietudes nublaban su cabeza, de igual forma se esfumaron al ver que Oscar estiraba su brazo y le entregaba las llave del coche en un increíble acto de confianza.

–Quiero que te lleves el carro por hoy, para que no tengas que caminar tres horas, solo recuerda dárselo a Mila, ella tiene que venir mañana a comprar algunas cosas, así que vendrás con ella, estoy seguro que le vendrá bien tener alguien que cargue las cosas por ella –le decía al joven bostezando.

Casi sin palabras Luis solo le dio un fuerte apretón de manos en lo que subía a los suaves asientos del coche. Son tan pocas las personas que dan tanto a cambio de nada que a veces nos quedamos atónitos ante sus actos.

El Profesor

De paso, por supuesto que dejo al profesor en la entrada de su casa, después continuo su viaje sin pisar a fondo el acelerador, bajando la ventana, y disfrutando del viento cálido de la carretera, hasta llegar a la casa de la señora Mila quien a cambio le regalo dos donas caseras azucaradas.

Feliz por el increíblemente agitado día productivo, que acababa de tener, esa noche Luis Montemayor, no hizo otra cosa mas que observar el techo imaginando todo lo que aprendería al siguiente día, pensando también en todo lo que podría hacer con el conocimiento. Por primera vez en mucho tiempo la emoción en su estomago lo mantuvo despierto, aunque pensándolo bien también pudo ser todo el azúcar en las donitas.

La mañana era tibia, la luz entraba desde su ventana, todo indicaba que iba a ser un buen día, hasta que Luis se dio cuenta de que la razón por la que se levanto de tan buen humor era por que lo levanto el gallo del vecino en vez de la alarma.

–Ya estuvo, ahora si me la cobra caro el jefe. –Estiro su rostro con ambas manos hasta arrancarse pelos del coraje al darse cuenta de lo tarde que llegaría al trabajo.

Sin pensar en lo mal que olía, o lo vacío que traía el estomago se puso su atuendo de los martes, saltando sobre un solo pie tratando de encontrar su otra bota hasta llegar a la mesa, donde termino de ponérsela en la silla.

En eso se le ocurrió que aunque no tuviera tiempo de comer al menos podría llevarse un poco de lo que había cocinado dos días atrás. Apenas abrió el refrigerador, un aroma pútrido le hizo pensar dos veces antes de querer ingerir cualquier bocado. Se coloco una pinza de ropa en la nariz para esculcar pero no había nada que se viera digno de su salud. Ahora el mismo sentimiento que tuvo con el reloj le pasaba con el refrigerador, acto seguido lo subió a un diablito y lo tiro entero a unos diez metros de la casa.

Apenas se retiro, desprendió las pinzas de su nariz, la cual ahora parecía haber tenido cirugía. Miro por todos lados buscando la camioneta, en esto se llevo como cinco minutos llevándolo a imaginar que alguien la había robado.

Sus ojos se abrieron tanto que sus pupilas ya casi ni se veían de tanto que se cerraron con la luz, fue entonces que recordó lo que había pasado.

–Lo deje en la escuela –pensó.

En ese momento sus pies no tocaron el suelo hasta que llego a las cosechas, sabiendo que aunque tuviera su camioneta esta ya no funcionaba. Al llegar le extraño ver que no había casi nadie en el exterior y que en las oficinas solo se encontraban los supervisores.

El Profesor

–El jefe los regreso a sus casas –le dijo uno de ellos.

–¿Pero, no puede despedirlos así nada mas o si?– preguntaba Luis apenas recuperando el aliento.

–Sin cosechas no hay dinero, sin el cual no hay paga, es solo cuestión de tiempo así que solo conservó a unos cuantos para poder completar el traslado de la ultima carga buena –contesto el otro.

De haberle quedado una sola gota en el cuerpo, Montemayor estaba seguro de que la hubiese convertido en lagrima, tan solo en pensar en todos aquellos padres, madres, hermanos o hermanas, que necesitarían toda su fuerza para decirle a sus familias lo que estarían a punto de vivir. Luis decidió tomar el primer aventón que sus compañeros le ofrecieran, sin poder pensar en otra cosa en todo el camino mas que tratar de averiguar una solución, lo que le recordó que tenia una clase pendiente la cual podía contener la respuesta que buscaba.

Lo dejaron en casa de Mila así que no se deshizo sus botas mas de lo que ya había logrado en la mañana. El timbre de la pequeña casa funcionaba pero pasaron unos minutos antes de que unos pasos llegaran a la puerta. Luis brinco del susto al ver que la puerta se abría sola hasta que escucho la risa de Diego a como medio metro debajo de su mentón.

–Te asustan las puertas –reía el pequeño.

–Mas bien tu cara fue lo que me asusto, uno jamás se acostumbra a ver duendes –contesto en broma Montes quien hallo un poco de animo gracias al hijo de Mila.

Diego dejo que entrara a tomar un poco de agua, después de escuchar el relato de su día. Luis también le comento sobre la pick up, explicándole que iba a ayudar a su madre a comprar algunas cosas.

–Algo me dijo en la mañana pero ella no esta, me pidió que te acompañara, hasta me dio una lista, mira. –El niño casi le embarra la hoja en la cara tratando de molestarlo de nuevo.

Montes la guardo en el bolsillo sin mirarla, disgustado por querer pasar un poco de tiempo a solas con Mila, aunque si le agradaba la idea de pasar el día con Diego.

–Muy bien amigo, tu, yo y el camino, solo procura llevar algo con que entretenerte por que se te va hacer largo el trayecto –le decía.

Montes le deshizo un poco el peinado molestándolo de regreso por lo de la lista.

–Luis, si en el transcurso del día vuelves hacer una burrada como la del refri, no creo que necesite algo con que divertirme –respondió el niño.

Subieron al carro del maestro, asegurándose de que hubiera suficiente combustible antes de partir. Pasaron solo unos segundos para que Diego se diera cuenta de lo mal que olía su amigo, así que abrió la guantera donde encontró un pequeño pino aromatizante, el cual colgó en el retrovisor. Eso levanto el animo de Montemayor lo que hizo al viaje mas rápido de lo que esperaban.

Los dos habían venido solo unas cuantas veces a la ciudad, ninguna para comprar algo, que era lo que mas los tenia emocionados. Luis reviso la nota abultada en su bolsillo, Mila necesitaba una sola cosa: un refrigerador. Diego sabia exactamente la ironía de la nota, pero esta vez decidió contener la risa por respeto.

La tienda era enorme pero el espacio de refrigeradores era solo un pasillo con un puñado de ellos así que tomaron el mas grande que pudiese caber en el asiento trasero, tal como decía en las indicaciones. Diego entrego un sobre con el dinero al gerente de caja y entre los dos lo subieron al carro.

En el trayecto Luis comento que tenia que ir a ver al maestro, contándole todo lo que había estado aprendiendo, y la verdadera intención detrás de las lecciones, no hace falta decir que Diego estaba bastante feliz de poder ver a Oscar fuera de la escuela como si fuese un amigo, mas aun acompañado de uno de sus adultos preferidos. Al llegar a la casa de Oribe, el timbre se quedo corto ante el escándalo que hizo el acompañante de Luis,

quien siempre pensó que era curioso ver a alguien de la edad de Diego actuar mas como un niño que como un adolescente, como si tuviese poca prisa por crecer.

Después de tres golpeteos a la ventana cada uno acompañado de su chiflido correspondiente de mercado, el muchacho por fin consiguió que el maestro abriera la puerta. Estaba furioso en un principio por que despertaron a sus perros pero apenas vio a sus estudiantes, el de siempre volvió a surgir.

–Esperaba a Mila pero e de admitir que estoy igual de feliz por verte, joven Bálsamo ¿todo listo para la lección de hoy? –les comenta mientras suben al auto, el cual ya se veía casi al ras del suelo por tanto peso.

Diego miro de arriba a abajo a Luis hasta llegar a su estomago, culpándolo con la mirada del peso extra que llevaban.

–A mi no me mires, si quieres culpar a alguien, quéjate con Mila, ella es la que me hace atragantarme de donitas –le reprocho Luis.

Saliendo de la cochera de Oscar Oribe, al ver por el espejo retrovisor Montes creyó ver la figura de un hombre grande detrás de la cortina de la antesala, al parecer el mas grande de los tres también lo vio pero no reacciono, así que ya no se preocupo mas, sin embargo la duda continuo al no saber si vivía mas de una persona en la casa.

Llegaron pronto a Alt+urio donde antes de sentarse pidieron un café negro, un capuchino, y una leche con chocolate; el negro para el niño, el capuchino para Luis, dejando la leche para el maestro.

La lección del día se enfoco en varios aspectos externos como el uso de memorias, con el objetivo de darle al alumno una forma de coleccionar todas sus investigaciones. Diego resulto de mucha ayuda para la clase al resaltar que se le había enseñado a usar computadoras todos los veranos que visitaba parientes de otro estado. Los dos parecían satisfechos con lo rápido que aprendía, al darse cuenta de esto trabajaba mejor ,pero mas aun lo que impulsaba a Luis Montemayor a comprender todo, era la forma en que sus mentores lo observaban, con la esperanza de que nada fuese en vano.

El Profesor

Saliendo del lugar, la noche se asentaba lo que significa que estuvieron mas de lo normal dentro , a pesar de eso, la paga fue mucho mas ligera al ser dividida en tres, pero a ninguno se le paso ofrecer pagar todo aquel día, ya que todos sabían que valía cada centavo, aunque el tacaño de la caja no aceptara monedas debajo de 50 centavos.

Camino a dejar al profesor, el trio planeo toda una semana de enseñanza en la que terminarían con las bases de la computación, para dar paso al océano de conocimiento que guarda el internet, abriendo camino a Montes para salvaguardar al menos una diminuta parte de las cosechas.

Al bajar primero Diego y Oscar, todos vieron como al salir Luis, el carro regresaba a su altura de siempre, causando un ataque de risa en todos. Todos excepto el hombre tras la cortina, cuyo rostro fue revelado con el foco de la cochera. Tez pálida, alto, con ojos café claros, aun si el color de pelo no fuese el mismo por la diferencia de edad, seria fácil para cualquiera que conozca al profesor deducir que aquel hombre, era su pariente.

–Tío, tardaste el doble de lo que acordamos, tenemos muchos pendientes para el viaje de mañana –le reclamo su sobrino.

Oscar pidió que sus alumnos esperaran en el coche, deseando aislarlos de la discusión, pero los gritos dirigidos al pobre maestro se hubieran escuchado incluso a través del concreto.

–¿Estas seguro de que era mañana? No lo esperaba sino hasta la próxima semana –replicaba el profesor.

–El negocio depende por completo de que tu vayas conmigo a la junta, como puedes perder el tiempo en estas personas cuando deberías de estar asegurando los millones que nos ofrecen si les damos las patentes.

Sin ánimos de parar el hombre continuaba gritando sin considerar los sentimientos o las intenciones de su tío.

Oscar Oribe se veía cabizbajo al caminar lentamente al carro para dirigirse a los muchachos, les dijo que no seria posible verse por el resto de la semana por asuntos de familia. Sabia lo mucho que se perdía al dejarlos a

la suerte, no podía soportar la idea de que muchas personas del pueblo pagarían caro el desvío de Luis, en su camino por resolver los problemas eléctricos, era por ello que esta vez no hubo una sonrisa al decirse hasta luego, los tres sabían que la próxima ocasión en que se vieran sería muy tarde.

Tuvieron que bajar del carro junto con el refrigerador después de que el sobrino exigiera el coche, con la excusa de que no quería que se desgastara antes de partir, obligando a Luis y Diego, a retirarse en el primer taxi que llegase a la esquina. Esto les hubiese dejado con los bolsillos vacíos por el resto de la semana, pero el buen mentor logro darles un fajo de billetes disimuladamente, al despedirse de manos, teniendo en mente que la única razón por la que habían venido en el Tsuru era por falta de transporte propio.

El taxista trato de sacar un poco de conversación, pero el viaje no se podía describir de otra manera mas que pesado. Esta vez el viento no los acariciaba, solo los sofocaba, la luna se escondía tras nubes espesas, además el viaje pareció el doble de largo, como si todo pasara en cámara lenta. Al llegar a Tepespa se fijaron que al menos eso ultimo fue por que el chofer quería hacerse de dinero pisando el pedal a solo treinta por hora en plena carretera.

Aquella noche Luis Montemayor se la paso mirando el suelo, en el lago de frescos que dejo junto al reloj, logro ver un rostro que había empezado el día con las mejores intenciones, solo para acabar con los peores resultados . De pronto unas gotas empezaron a formar pequeñas olas en aquel charco, Montes llevo su índice a la esquina de su ojo derecho buscando lagrimas, sin embargo al llegar encontró su piel seca. Continuaban cayendo, levanto la mirada observando el techo, recordando las goteras de hace meses que dejo sin reparar pensando que en ese desierto caerá dinero antes que agua. En ese momento estuvo apunto de reír considerando que lo ultimo que faltó en ese día era que su recamara se inundara, pero otra idea trataba de hacerse paso en su cabeza, una moneda con dos caras.

La lluvia mantendría las cosechas frescas, con suerte lograrían sacar algunos cargamentos para pagarles una vez mas.

–De que mas serviría –pensó–. Tarde o temprano el cielo se tiene que despejar.

La lluvia se torno en torrente, lo rayos mas frecuentes y su gotera cada vez mas grande. Curiosamente al venir mas fuerte el agua, un sentimiento se aferraba con la misma fuerza a su corazón. Al mirar tras la ventana se dio cuenta de la oportunidad que la vida le estaba presentando, el regalo del tiempo es único en el sentido de que casi nunca pensamos en el como útil, pero aquella noche, Luis sabia que si tres días se le otorgaban este debería aprovecharlos al máximo y sabia exactamente como hacerlo.

Tan pronto se volvió de mañana, se preparo un desayuno completo, que devoro en minutos, tan extraño era que se levantara tan temprano que hasta el gallo del vecino lo miro con desdén por levantar a todos con el escandalo, mas no había queja alguna que hiciera que este regresara, estaba mas que decidido. Un paso a la vez, el siguiente cada vez mas veloz que el anterior, así empezó Montes a correr hasta donde debía estar, en carro llegar al cyber café, tomaba máximo dos horas, a pie deberían de ser al menos tres.

A cinco minutos de salir de Tepespa algo le jalo fuertemente la camiseta, provocando una caída en la que quedo cara arriba con el sol cegándole. Apenas cubría sus ojos para ver quien había sido, una mano le ayudaba a levantarlo, delante suyo Diego jadeaba sin cesar después de seguirle por medio camino sin parar.

–¿Te paso algo, te vez como si hubieran asaltado la casa, quieres que le hable a la policía? –pregunto Luis a su amigo.

–Todo...bien...solo...quiero acompañarte, quien crees que va terminar de enseñarte como usar la computadora –contestó Diego recuperando aliento.

–Es un viaje muy largo, hace bastante calor, sabes bien que nos tomara el resto del día, y no estoy dispuesto a engañar a tus profesores, será mejor que me digas como piensas lidiar con la escuela al mismo tiempo –le aclaró Montes autoritariamente.

El Profesor

Diego solo se encogió de hombros, haciendo un gesto triste que solo los que habían estudiado en el pueblo entendían. Luis Montemayor sabía que de los cinco profesores que había solo Oribe asistía a sus clases, los demás jamás pisaban la escuela a menos de que tuvieran un examen pendiente, esto ponía al muchacho triste por que siempre era la misma desilusión todos los días, con excepción de los lunes, solo que ahora con el profesor de viaje no habría clases hasta una semana después.

Montes alboroto el pelo de su nuevo acompañante, dejando que marcara el paso para que descansara un poco. La travesía fue rigurosa, pero también divertida, o al menos así describía el menor de los dos quien al parecer jamás dejaba de inventar formas de molestar.

Al llegar a la ciudad un buen hombre que antes los había visto en el café los llevo a Alt+urio, lo que les dio tiempo de comer unos cuantos tacos, para empezar lo que fue un excelente día de estudio. En un principio al joven se le dificultaba enseñar lo que sabía por que jamás pensó estar en una situación así, pero después de la primera hora, parecía como si el mismo Oscar Oribe estuviera poniendo palabras en su boca (muchas de las cuales no entendía pero las escucho alguna vez). Terminando, Diego mando imprimir una pagina en la que organizaba una semana donde, planeaba terminar de enseñarle todo lo que sabía, incluyendo algo de ciencia, y principalmente cómo usar el internet.

Sabiendo que desde el pueblo tenían que ir a pie debido a que no habían taxis, ni personas con vueltas hacia la ciudad, Diego se preguntaba por que no pedían un taxi ahora que tenían la oportunidad, duda que se respondió a si mismo al ver como su estudiante vacía sus bolsillos llenos de centavos en la caja registradora.

El regreso fue mucho mas agradable, al verse acompañados del atardecer o mas tarde, también de la noche, aunque esta vez el que se llevo la ultima carcajada del día fue Luis al presenciar como un coyote se robaba el lonche de Diego inadvertidamente, aunque claro después de un momento el le cedió el restante.

Con Mila no hubo ningún inconveniente, ya que al parecer ella fue la que le dio la idea a su hijo en primer lugar, sabia exactamente con quien caminaba, lo que le daba confianza sobre la seguridad del joven, aparte se notaba lo orgullosa que estaba, de ver como Diego disfrutaba ayudar un amigo.

Así fue como transcurrió toda la semana, para el sexto día tal como su nuevo mentor había previsto, Luis dominaba por completo las herramientas necesarias para usar una computadora, en la escuela solo hubo un examen que Diego contestó con facilidad, para Montemayor las cosas pintaban bien sobretodo por que lograron pagarle otra semana mas gracias a la lluvia de aquella noche.

Con el dinero que le sobro, decidió darle un buen regalo a su amigo, trayendo a Mila con ellos el ultimo día, para disfrutar como turistas el resto de la ciudad, donde rentaron dos cuartos en un lindo hotel donde amanecerían el domingo, con suficiente energía para el viaje de regreso.

Temprano aun siendo las seis de la tarde, Diego, su madre, y Luis entraron a sus cuartos respectivos aunque claro, el ultimo, como siempre hayo una razón para quedarse despierto, apenas eran las 6 pero el cansancio hacia que le costara mantener los parpados arriba. Lo mantenía despierto una comezón terrible en su interior, resultado de la idea de que todavía tenia que hacer algo por su maestro, no solo debía mostrarse agradecido, también le faltaba demostrar el resultado del esfuerzo. Esta vez sin pensarlo mucho Montemayor brinco de la cama, en dirección al vestíbulo donde pidió un café, para dirigirse a las computadoras del hotel las cuales a diferencia del cyber estaban disponibles las 24 horas para los huéspedes. Lo que resto de la tarde al igual que parte de la noche aquel monitor jamás disminuyo el brillo. A media noche el hombre se fue del hotel, dejando todo como lo encontró, mezclándose junto a la luz de luna llena, y el velo de la noche.

Después de una noche tranquila, el aroma de panques recién hechos de su madre, hizo que Diego se levantara de un brinco directo a la mesa. Corto su primera pieza para devorarla con mermelada, apenas lo llevaba a

sus labios cuando de la nada Mila le dio un suave manotazo en la espalda antes de que lo lograra. La miro con extrañeza, mas sabía exactamente lo que trataba de decirle, inhalo profundo al levantarse de la mesa en busca de la persona que su mamá seguro esperaba en la mesa.

Al llegar al cuarto 57, después de haber tocado como cinco veces, al igual que haber gritado el nombre completo de su amigo, el hijo de Mila estaba mas que convencido de que Luis tenia el sueño mas pesado que un oso. Daba ya el séptimo golpeteo cuando noto que la perilla estaba en posición de abierto. Empujo fuertemente la puerta esperando darle un susto inigualable, aunque tan pronto le llegaron los ánimos al joven, un segundo después al mirar la cama vacía con las sabanas dobladas, todo se fue en picada. Lo único que llego a su mente aquel instante fue la desilusión de ver como alguien a quien consideraba su mejor amigo de pronto decidió que seria buena idea partir sin avisar.

Diego ya casi daba media vuelta para dar noticia del acontecimiento a su mamá, cuando un sonido familiar comenzó a retumbar en sus oídos, venia de afuera, era estruendoso y lo único que lograba era hacer que se enojara mas, así que dio tres zancadas a la ventana abierta listo para gritarle al primero que le pareciera cuando algo le arrebató las palabras dejándolo con la boca cerrada. Delante suyo un piso abajo, la destartalada camioneta roja de Montes, parecía andar como “nueva”, igual al dueño quien portaba una cara de satisfacción que cualquiera apreciaría. Corrió con Mila a decirle lo que pasaba, y los dos salieron volando del lugar para saber como sucedió.

Pagaron los gastos extras de la estancia y entraron a la camioneta listos para lo que seria un viaje mucho mas corto de lo que todos esperaban, aunque claro al subirse seguía oliendo a Luis así que el mas pequeño del trio no tardo en sacar su odorante en forma de pino para aliviar la situación.

En el transcurso del camino Montes les explico como lo había logrado, todas las horas que se la había pasado en el internet investigando el funcionamiento del motor desde la batería hasta el mofle, al parecer ciertas piezas estaban echando humo por desgaste al chocar una con la otra. Luis duro todo el camino explicando la ciencia detrás del motor, desde los

materiales, hasta los principios termodinámicos para la combustión interna. Era como ver una esponja que desbordaba agua, siendo estrujada para poder absorber mas liquido.

La labor de Diego había terminado, pero la de Luis apenas comenzaba. Sus dos profesores lograron otorgarle las herramientas necesarias con las que lograría hallar una solución a su problema, enseñándole como usarlas apropiadamente, mas en que decida usarlas seria un camino en el que solo podría ser orientado, no llevado.

El profesor Oscar Oribe, regreso aquel lunes dando su clase como siempre habituaba, al final observo como uno de sus pupilos observaba tras la ventana. Luis entro al salón ya terminada la clase y al saludar al profesor se dio cuenta de la amistad que estaban desarrollando al percibir un apretón mas fuerte y duradero que en ocasiones anteriores.

Los dos hablaron sin embargo el tema fue solo de uno de ellos, Montes intento sacar el tema del viaje de negocios de Oscar, mas el solo se pasaba la mano peinando su blanca cabellera en lo que pensaba como evadir la pregunta. A pesar de ello Oribe mostraba estar mas que feliz escuchando las aventuras que el par tuvo la semana de su ausencia, además de estar orgulloso por todo lo que había logrado aprender, sin olvidar que la hazaña también era de Diego, al realizar estos actos de enseñanza sin esperar nada a cambio. Saliendo del pequeño edificio Luis le mostro al profesor la camioneta reparada, a lo que este le contesto:

–Ayúdame a subir a la camioneta, hemos de ir de inmediato a la ciudad.

Luis lo miro con extrañeza ya que no veía mas razones para volver, hasta que el señor Oribe hablo de nuevo.

–A menos de que alguien en el pueblo haya comprado una computadora e instalado un servicio de internet, te sugiero vengas conmigo para explicarte de que se trataran tus próximas lecciones –dijo Oribe.

El Profesor

Los dos como siempre disfrutaron del camino, con excepción del momento de silencio que hubo cuando Montes pregunto, por que no usaban la laptop de Oscar en vez de las que estaban en el cyber café. Con la mirada perdida le revelo que su sobrino no permitía que otra persona la tomara, por pánico a que alguien robe la información que lleva. El otro comprendió que había tocado un punto sensible, relacionado con la junta de negocios, así que decidió pasar a otra conversación.

Al llegar al café, el dueño los recibió entusiasmado, aunque no los conociera sabia que cada vez que estos entraban, era sinónimo de dinero, así que decidió regalarles el café de esta vez como muestra de gratitud.

Ya estando en sus sillas, el profesor pidió que Luis abriera algunas paginas, para poder comenzar explicando la situación de esta forma.

–La razón detrás de las fallas en Tepespa, me son desconocidas, no me e quedado lo suficiente como para poder ver algún patrón, así que solo tengo especulaciones –dijo Oribe.

–¿Pero por que piensa usted que yo lo se? –dijo Luis.

–Eres la única persona que a seguido de cerca el problema, desde aquella mañana que te enojaste con el despertador hasta el día que las cosechas casi se deshidratan. Conoces los patrones, solo necesito enseñarte sobre electricidad, de esta forma sabrás conectar los puntos, para después decirte como es posible repararlo de forma física –dijo el profesor.

La electricidad era un tema nuevo para Montes, las siguientes dos semanas fueron bastante pesadas para el, no solo las lecciones eran difíciles, sino que también se llevaba tarea para poder avanzar mas rápido. Se convirtió en una verdadera tarea herculina procesar toda esa información, llevándole casi doce horas al día entenderla a la perfección, por fortuna la esponja en su cabeza no solo se llenaba cada día, sino que también crecía.

Terminando los catorce días, Oscar invito a Luis a su casa a comer aprovechando que no estaba su sobrino, mas no olvidaban el verdadero propósito de la reunión.

–¿Bien, ahora que sabes varias cosas del mundo eléctrico, has logrado unir la información con los patrones que has observado? –dijo Oscar.

Luis pensaba lo mas rápido que podía, sabiendo que de no responder en ese momento su amigo perdería las esperanzas, además de que no quedaba tiempo para salvar los plantíos ahora que se había anunciado el fin de las tormentas en la zona, poco mas de cuatro días y no habría con que regarlas.

Las ideas venían a su cabeza, números, imágenes, sonidos, todo a la vez pero sin relación alguna. Se empezó a jalar los pelos del estrés, e iba de un lado al otro de la sala tratando de dar con la respuesta correcta. Cerro los ojos, al mismo tiempo que comenzó a golpetear ligeramente la pared con su frente, mas al posarla enteramente sintió como algo pegajoso le envolvía el rostro. Al alejarse logro enfocar frente a el un hilo casi transparente cayendo lentamente, frente a el tenia una telaraña. Veía como lo que quedaba del nido era frágil notando que algunas conexiones no eran lo suficientemente gruesas o se habían desgastado con el tiempo.

La respuesta ahora delante suyo llego rápidamente a la punta de su lengua.

–Los cables necesitan cambiarse –dijo Luis.

–Dígame señor Montemayor que le hace pensar eso –contesto el otro.

Tomo la pequeña hilacha que caía como demostración.

–Jamás han sido cambiados, es probable que uno o mas, estén chamuscados, cuando baja la calidad de tu conductor puede haber altas y bajas de voltaje por lo que algunos aparatos se echan a perder por la sobrecarga, o simplemente no encienden, como mi refrigerador o los riegos –respondió.

El profesor solo sonrió, sabia que aquello que decía tenia fundamentos. Mas tarde la FEG recibió su centésima llamada quejándose de Tepespa, pero incluso después de escuchar la explicación, solo respondieron que la

tarea que ellos pedían estaba programada para dentro de tres años. Al ver lo cerrados y egoístas que fueron el par decidió tomar acción propia.

En su juventud Oscar solía ser un liniero, algo que decía el, que jamás se olvida, sin embargo se necesitaría de ambos para completar el trabajo así que paso el resto del día explicándole al alumno como debían subirse, los riesgos, la seguridad, y el procedimiento a detalle. Les tomo dos días reunir favores suficientes con los que obtuvieron el equipo necesario, al tercero lo llevaron en tres idas y regresos a Tepespa, al cuarto día, viernes de aquella semana llevaron todo al lugar donde pensaban estaría la falla. Al bajarse de la camioneta dieron un buen vistazo al poste, terminaron de ponerse el equipo de seguridad, y apoyaron las escaleras en sus lugares correspondientes, estaban listos para subir. Al llegar a la cima podían ver todo el pueblo, todo lo que tendrían que reparar en el y también todos los que se beneficiarían de ello.

Para hacer el cambio amarraban una escalera a la casa y otra al poste, procurando también amarrarlas con mecate en caso de que se desbalancearan. Al mismo tiempo que subían llevaban el cable amarrado cadera con cadera para manejarlo de punta a punta al llegar arriba. El que subía al poste debía remover primero el cable viejo para dar oportunidad al otro de que trabaje sin corriente, para que haya menos peligro, una vez que el otro quitaba el extremo, conectaba el cable nuevo a la cometida que llega hasta los fusibles, donde todo debía estar en orden, para luego terminar conectando al poste.

Tuvieron suerte de que los cables de alta tensión siguieran en buen estado, al parecer todos recibían electricidad, los cables que si presentaban deterioro eran aquellos que llegaban a la caja de fusibles en cada casa, los cuales tienen un voltaje fácil de manejar. Un hogar a la vez revisaron si valía la pena gastar cable, cada casa llevándoles varios metros al igual que mitades de hora.

Transcurrida mas de la mitad del día ambos estaban mas que listos para tirarse al suelo del cansancio, pero solo faltaba hacer un cableado, la razón principal del trabajo, el primer poste que alimenta la cosecha se

encontraba en la entrada de la misma aunque incluso ahí se aprovechaba para plantar.

Las cosas marchaban bien, sobrarían varios metros de cobre, el equipo estaba en buen estado y esta sería la última labor del día, así que con todo el ánimo posible se amarraron bien los extremos al cuero del cinto, dando señal a que subieran de forma paralela peldaño tras peldaño. Por alguna razón el cable estaba completamente chamuscado dificultando un poco más la tarea de quitarlo. Esta vez fue turno del profesor estar manejando el poste lo que hizo que terminaran un poco más rápido gracias a la experiencia que tenía. Algunos motores en otras partes del plantío comenzaban a gruñir al andar de nuevo, los riegos se alistaban para alimentar las plantas, y las luces recobraron el brillo original fulminando la noche con toques color plata por doquier.

Maestro y pupilo bajaban de la escalera apresurándose para celebrar, sin embargo solo uno tocó suelo de pie. Mientras bajaba, al profesor Oscar le falló una rodilla que decidió cobrarle por heridas antiguas, haciendo que este cayera en seco apenas a la mitad de la enorme escalera.

Luis saltó los escalones que le faltaban para ayudar a su amigo el cual al parecer sangraba, perdiendo la conciencia al paso del minuto. Los guardias seguían en sus casillas así que en cuanto vieron lo ocurrido llamaron a la ambulancia del lugar la cual por fortuna contaba con un pequeño módulo médico en caso de que un trabajador se accidentara. Montemayor no pudo hacer nada más que tratar de mantener despierto a su amigo, viendo como al mismo tiempo que este se iba los riegos comenzaban su ciclo creando lluvia alrededor de ellos, la sangre de Oscar se mezclaba gota por gota con el agua de las plantas. Al llegar la ambulancia este seguía respirando, lo que resultó insuficiente para dejar tranquilo a Luis quien logró convencer a los paramédicos de dejarlo subir al decirles que estaba dispuesto a donar su sangre.

En un principio Luis temía abrir los ojos y levantarse, fuera de la preocupación de desmayarse por la falta de sangre, otro temor le inundaba la cabeza, al escuchar poca cosa en el cuarto de hospital, solo podía imaginar

que al abrirlos la camilla de a lado estaría vacía, que pasaría el siguiente lunes a visitar la escuela, pero tras la ventana no hallaría mas que pupitres sin pupilo, espacios en blanco, y vacíos de la vida, así que decidió dormir un poco mas tratando de imaginar un mejor despertar.

Algunos huesos rotos, perdida de la memoria de aquel día, y dos transfusiones de sangre mas tarde, Oscar Oribe se acomodaba con cuidado en la camilla para no remover la aguja en su muñeca. Le parecía extraño encontrarse en aquel lugar, los recuerdos venían en fragmentos borrosos que no lograba atrapar, hasta que después de ponerse sus lentes vio a su mejor alumno dormido al otro extremo de la habitación.

–Luis, despierta –le grito con fuerza.

Inmediatamente este se levanto disparado por fuerza de costumbres pasadas, pero no duro ni un segundo parado antes de que desmayara en el sillón, aun no recobraba fuerza. Esto solo duro unos minutos pero Oscar seguía riendo como si apenas hubiera sucedido.

–Ven aquí –pedía el profesor.

Luis estaba feliz de verlo pero apenas sonreía la sangre le empezaba a hervir del coraje.

–Deberíamos demandar a la FGE, no estarías aquí, si ellos hicieran bien su trabajo –le decía mientras se acercaba a inspeccionar a su amigo.

–Me considerare afortunado si ellos se abstienen de hacernos lo mismo, sabemos bien que meter mano en las líneas esta prohibido. –Oscar señalo sus heridas, justificando la prohibición.

–Dicen que ya no tengo permitido hacer tantos viajes, varios meses de reposo, con los yesos y rehabilitaciones.

Montemayor bajo la mirada, mostrando pena por acarrear algo de culpa con lo ocurrido.

–Deja la cara larga, estoy mas que agradecido de haberme levantado el día de ayer, además velo de esta forma, la palabra viaja rápido en el

pueblo, se dice que gracias a nosotros, muchos podrán regresar a sus trabajos, que ahora todos tendrán luz en las noches, y que sus aparatos han vuelto a la normalidad.– Oscar levanto la barbilla de Luis para que prestase mas atención.

–Nos llaman héroes Luis.

Un calor recorría el cuerpo de este pero no era coraje, si pudiese resumirse en algo corto, se diría que aquella era la primera vez en mucho tiempo que Montes se sentía orgulloso de la persona que era.

–Es gracias a usted, profesor, es por usted que ahora se que esta bien no tener todas las respuestas, lo que importa es seguir las buscando, me enseñó que el descubrimiento empieza con una mente abierta al cambio, dispuesta a aprender todo aquello que la ciencia tiene para ofrecernos, conocimiento que se convierte en herramientas para aquel que decida construir el futuro –dijo Luis.

–Faltan palabras para decirte lo orgulloso que estoy, pero también debes de saber lo mucho que nos queda por brindarle al pueblo. Debemos de asegurarnos que otros tengan las herramientas que has aprendido a usar.–Le decía a Luis mientras sacaba un portafolio grande del buro en el costado.

–Quisiera invitarte a realizar un proyecto, en un principio quise llevarlo a cabo con mi sobrino sin embargo, aquella semana en que no estuve, fuimos a hablar con dos grupos, uno de inversionistas y otro de donadores.– Oscar entrego varios documentos a Luis para que les diese una hojeada al mismo tiempo que continuaba.

–El primer grupo quería iniciar una nueva empresa a partir de la idea, empezar con el pueblo para que les lloviera publicidad, con la que pensaban expandirse. El segundo pedía solo que se les dedujera de impuestos cualquiera que fuese el costo total del proyecto.

Montes leía por todos lados cifras tras cifras, pero seguía sin encontrar algo que le diese una pista, de lo que veía.

–¿De que se trata el proyecto? –le pregunto.

El Profesor

El profesor saco un encuadernado, el cual abrió en la tercera pagina. En este se podía apreciar el dibujo de una torre de 3 metros, mandando ondas a lo que parecían ser computadoras por todo el pueblo.

–Tu eres el proyecto, eras de hecho la parte mas crucial para levantarlo, contaba contigo para demostrarle a estas personas lo mucho que puedes cambiar el entorno con una sola persona. Para resumírtelo, escogí a los donadores para seguir ayudando al pueblo sin quitarles un solo centavo.– Luis sabia que en esas palabras se encontraba la razón de la discusión entre el sobrino y el maestro.

–Quieres darles el mismo regalo que me diste, una herramienta para aprender lo que se propongan. ¿De verdad crees que usaran el internet para mejorar las cosas? –decía Luis.

–La torre que de la señal se construirá, no habrá necesidad de que las empresas conecten hasta haya ,también se abrirá un buen local de renta de computadoras, sin incluir la escuela la cual tendrá sus propios ordenadores, pero jamás e creído que hacer esto los convenza de cambiar las cosas. Pero lo que siempre e creído es que tu puedes mostrarles ese camino.

Le respondía tomándolo con el brazo en que no tenia catéter.

–Montemayor, muéstrales todo lo que haz hecho, enséñales todo lo que pueden hacer. Prométeme que al menos lo intentarás.

Luis pensó un momento lo que el profesor le decía, mas no era duda lo que pasaba por su cabeza mientras miraba el suelo. En su mente los recuerdos pasaban igual de rápidos que una bala, memorias que aun no eran pero podían ser, de un pueblo mas feliz, de gente mas capaz, sin ataduras y listos para forjar su propio destino.

–Se lo prometo profesor. –Le decía al mismo tiempo que alzaba la mirada.

–Hare lo que este en mis manos para darle a estas personas lo que usted me a dado.

El Profesor

Oscar esbozo una gran sonrisa y prosiguió a explicarle como se llevaría a cabo todo el proyecto, Montes jamás lo había visto tan entusiasmado en su vida. Esto duro un par de horas antes de que el maestro se quedara dormido un buen tiempo, periodo en el cual Luis no hizo otra cosa mas que pensar que hacer de su vida antes de que el proyecto se concretara.

Días mas tarde, el pequeño Diego dibujaba garabatos en su libreta de encuadernado cocido, agitando sus pies en el aire sin ánimos de hacer algo mas. El resto del salón también permanecía muy callado, el ambiente era bastante gris. El pizarrón estaba muy limpio, mas no era algo que se pudiera presumir, puesto que no había sido rayado por gis alguno desde hacia ya tres semanas. Aun después de que sano el profesor, este no había puesto un pie en la escuela desde que ocurrió el accidente, al parecer los rumores eran ciertos, los doctores lo habían convencido de que ya no estaba en condiciones de viajar largas distancias y mucho menos para trabajar.

Todo parecía indicar que este lunes empezaba la cuarta semana sin maestros en ninguna clase, otra mas para completar el record de un mes. Tristes y sin mas remedio, uno a uno los alumnos comenzaron a salirse del salón para regresar a sus casas donde al menos podían ayudar a sus familias. El pequeño metió sus cosas en la mochila, fastidiado de esperar algo que bien sabia no ocurriría. A solo tres pasos de abrir la puerta se detuvo en seco al percibir algo, un aroma muy familiar pero nada agradable llegaba a su nariz. La perilla giraba y los pocos pupilos que restaban despertaron de su sueño al ver lo que ocurría. Un hombre de traje con un maletín viejo de cuero negro, entro al salón dejando sus cosas en el escritorio, sacando a su vez un gis blanco, con lo que escribió en el usual espacio verde: "Prof. Luis Montemayor".

Diego saco la mano de su bolsillo y lo saludo respetuosamente con un fuerte apretón de manos, al terminar Luis abrió su mano y vio que su amigo le había dejado un cartón para carros con aroma de pino. Los dos soltaron una pequeña risa de aprobación.

–Bienvenido profesor –dijo Diego.

El Profesor

Los niños empezaron a regresar al salón tan rápido como habían salido, aun sin creer lo que veían sus ojos. El salón entero aplaudió el regreso de las clases, la esperanza volvía después de un largo tiempo a aquellos pequeños rostros. Luis tomo el libro correspondiente para comenzar el día y mientras escribía, su sonrisa permanecía, un buen futuro aquel lunes empezaría.